

Clandestinos

JUAN JOSÉ MILLÁS

Un amigo íntimo me pidió que acudiera el sábado por la noche a su casa para mostrarme algo. Al llegar, abrió la puerta con aire de misterio y me hizo pasar sigilosamente a su cuarto de trabajo. Mientras yo curioseaba entre sus libros, él iba de acá para allá, ofreciéndome té, café, whisky, como si le diera miedo entrar en materia. Tras dejar transcurrir un tiempo prudencial, le pregunté si tenía algún problema. Respondió que no estaba seguro y a continuación, colocando el dedo índice sobre los labios, me arrastró al pasillo, desde donde nos dirigimos con movimientos furtivos al salón, cuya puerta estaba entreabierta. Al asomarme, vi a su hijo, de 18 años, instalado en el sofá, leyendo tranquilamente **Madame Bovary**.

De vuelta a su estudio, me miró con expresión interrogativa. “¿No te parece alarmante?”, preguntó. “¿Preferirías que leyera **Ana Karenina?**”, pregunté a mi vez. “Por Dios”, gritó, “es sábado por la noche y tiene 18 años; debería estar tomando cervezas con los amigos”. No le dije nada, pero lo cierto es que la imagen del joven, devorando aquella obra clásica, me había perturbado. Quizá no fuera un psicópata, pero tampoco se podía negar que le ocurría algo. Se empieza con rarezas de este tipo, que al principio hacen gracia, y se acaba leyendo a **Samuel Beckett**. “La lectura es buena”, le tranquilicé, “en eso está de acuerdo hasta el Ministerio de Cultura”. “La lectura”, respondió mi amigo, “es buena cuando tus amigos leen, como pasaba en nuestra época. Ahora es un síntoma jodido. Si al menos le diera por **El Código Da Vinci**, que no hace daño a nadie...”

Me pidió que hablara con su hijo. “Después de todo”, añadió, “lo conoces desde que era un niño y te escuchará mejor que a mí”. A los pocos días, me hice el encontradizo con el chaval y entramos en un bar. Hablamos de literatura y me pidió algún consejo para abordar la lectura de los clásicos latinos, que se le resistían. Le recomendé una edición bilingüe de **la Eneida** y me ofrecí para que la comentáramos juntos. Pagó él y, al despedirnos, me guiño un ojo, diciendome: “De todo esto, ni una palabra a mi padre, que está muy preocupado conmigo”. Así que llevamos dos semanas leyendo clandestinamente a **Virgilio**. ¿Adonde vamos a llegar?

ACTIVIDADES.

1. Investiga sobre los autores y obras en negrita e intenta averiguar cuál es la diferencia entre *El Código Da Vinci* y el resto.
2. Localiza en el texto un ejemplo de estilo directo y otro de indirecto. A continuación, transfórmalos el uno en el otro.
3. Define los siguientes términos: *sigilosamente*, *furtivo*, *clandestinamente*, *encontradizo* y *psicópata*.
4. Estamos ante un texto que podemos definir como irónico. ¿Qué entiendes por ironía y dónde la localizas en el texto? Justifica tu respuesta.
5. En el último párrafo hemos suprimido varias tildes. Encuentra los errores, corrígelos y explica la regla que has aplicado.
6. ¿Qué seis formas verbales diferentes se utilizan en el primer párrafo? Aporta un ejemplo para cada una de ellas.
7. Clasifica en adverbios, preposiciones y conjunciones las palabras subrayadas en el primer párrafo.
8. En el segundo párrafo localiza tres adjetivos calificativos e indica los sustantivos a los que se complementan.
9. Localiza todos los pronombres personales del último párrafo.
10. Anota y clasifica tres artículos y cinco adjetivos determinativos del último párrafo.
11. ¿Cuál es tu opinión sobre el texto? Recuerda que has de utilizar argumentos que justifiquen tus razonamientos.